

MIÉRCOLES DE CENIZA

## Los símbolos de la Cuaresma ayudan a seguir a Cristo hasta la Cruz

ECCLESIA

18\_02\_2026

**Marco  
Begato**



Cuaresma deriva del latín *Quadragesima*, tiempo de cuarenta días. Es una referencia bíblica: la Escritura indica con este número el tiempo del camino del hombre hacia Dios. Sin embargo, la tradición antigua prescribía un período de purificación más amplio,

setenta días, una *Septuagesima* de preparación. Algo coherente con la espiritualidad cristiana de los orígenes, que aún vemos viva en las costumbres de las Iglesias orientales: la vida del cristiano, amenazada por el mal, será una vida fuertemente marcada por la penitencia. (...)

**Ahora bien, aunque ninguna imitación será jamás suficiente** para alcanzar el objetivo, lo cierto es que el seguimiento de Cristo, que se configura esencialmente como un seguimiento de amor, encuentra en ello mismo su medida de eficacia intencional: el gran amor que crece en mí por Cristo me impulsa a seguirlo en cada etapa, incluso bajo la Cruz o junto al sepulcro, ganando en afecto espiritual esa distancia que la concreción de la vida no sabría vencer. Es más, se alcanza la cumbre de la ascética cuaresmal precisamente cuando el fiel se olvida amorosamente de sí mismo, de sus esfuerzos y sacrificios, porque está totalmente absorto en el dolor de Cristo. (...)

**Retomemos el hilo interrumpido:** *Septuagésima* introduce los primeros elementos de sobriedad litúrgica y ascética, solemnemente sancionados con el rito de las Cenizas y el período de Cuaresma, y se acentúa aún más en el tiempo de la Pasión, que ocupa los últimos quince días antes de Pascua, hasta la densidad de la Semana Santa y, en ella, la solemne gravedad del Triduo Pascual (antiguamente acompañado por el “Oficio de Tinieblas”). La liturgia auténtica procede por mediaciones y por grados, porque es una maestra sabia y sabe que la naturaleza no da saltos, y tampoco lo hace la naturaleza psicológico-espiritual del hombre. Cuanto más queremos acercarnos al corazón del misterio cristiano, más debemos aceptar avanzar paso a paso en el descenso, atravesando los pasos simbólicos.

**Hemos enumerado los elementos temporales**, pero desde el punto de vista de los elementos litúrgicos vemos, en cambio, el uso del color violeta y rojo (que en otro tiempo culminaba en el color negro del sepulcro); la desaparición del canto angelical del *Gloria* y del júbilo del *Aleluya* (en otro tiempo también de la doxología menor, el *Gloria Patri*), y luego del acompañamiento musical en general; la prohibición de adornar el altar con flores, el velo sobre las estatuas de los santos (desde el primer domingo de Cuaresma, pero ahora ya no es obligatorio) y hasta el velo sobre la Cruz, a lo que sigue el despojo del altar y del tabernáculo. Al entrar en la Semana Santa, las ceremonias se impregnan de la Sagrada Escritura, con la lectura del relato completo de los Evangelios de la Pasión y la muerte (antes se leían los cuatro en cuatro días diferentes, y el rito asumía elementos similares a las celebraciones fúnebres), el Viernes Santo no se celebra el sacrificio de la Misa, pero se puede comulgar, mientras que el Sábado Santo ni siquiera se comulga.

**Una vez más, leídos en su progresividad creciente**, los símbolos revelan su propiedad anagógica, es decir, su capacidad de elevarnos hacia la plenitud del Misterio: en este caso, la fuerza de hacernos descender cada vez más, acompañando a Cristo en su despojamiento. De aquí se desprende también la importancia para el fiel de participar regularmente en estas ceremonias, para dejarse guiar efectivamente en el descenso espiritual gradual siguiendo a su amado Redentor.

**Queda por observar** el perfil ascético: el fiel es llamado a los deberes de la oración, la limosna y el sacrificio. La oración debe transportar a la vida cotidiana los ritmos litúrgicos presentados, y sin duda encuentra su cumplimiento en los sacramentales típicos, como el *Vía Crucis* y las procesiones del Cristo Yacente y de Nuestra Señora de los Dolores. La limosna sirve a quien la da para experimentar el desprendimiento de la seguridad terrenal y asociarse de nuevo amorosamente al desamparo que el mismo Cristo no rechazó experimentar; pero también sirve a quien la recibe, aunque siempre debe encontrar la manera de convertirse para el beneficiario en una ocasión de llamada y conversión al mismo misterio pascual, en el que solo la pobreza se vence. Este detalle hace que la limosna sea un acto cristiano y no se confunda con alguna forma insípida de asistencialismo.

**En cuanto al sacrificio, hoy parece el compromiso menos comprendido**, quizás porque es más difícil de malinterpretar: la oración y la limosna, como se ha sugerido, pueden vivirse de manera genérica o socialmente convencional, pero el sacrificio y la mortificación no. Esto se convierte, por tanto, en una buena demostración de nuestra comprensión del itinerario cuaresmal. ¿Por qué mortificarse? Decíamos que la

Cuaresma es el seguimiento de Cristo, el movimiento de imitación del Redentor, la unión amorosa con el amado: si, pues, el Señor ha sufrido la humillación, la flagelación y el *vía Crucis*, nosotros mismos no podremos evitar compartir, al menos en parte, esos sufrimientos. (...)

**Cristo sufrió la pasión y la muerte en la cruz** para liberarnos del pecado y vencer nuestra naturaleza herida. Ahora bien, los efectos de esa herida original no desaparecen en nosotros, sino que permanecen en forma de concupiscencia. La práctica de la mortificación representa el compromiso personal de oponerse a esa concupiscencia. Así se comprende la coherencia entre la práctica mortificante y la acción redentora del Salvador en la cruz. En este sentido, la mortificación y el ayuno son realmente una prueba de nuestra sabiduría teológica cuaresmal (...).

**La verdad es que, al malinterpretar estos medios, se pierde de vista el misterio de Cristo** en su plenitud, en la realidad y dramatismo de su sacrificio, en la elección de redimirnos con su Sangre y no con algún mandato milagroso e indoloro. En estas líneas he tratado de defender el valor de esos medios, para no perder la Verdad del único Misterio que salva en su humillación *hasta la muerte, y una muerte de Cruz*.